

ESCRITURA Y TRABAJO CRÍTICO:
 UNA PERSPECTIVA PRODUCTIVA PARA LA
 TEXTUALIDAD LATINOAMERICANA

La expresión "crítica literaria", en uso, parece explicarse en sí y de por sí; en esa intuición corriente de su alcance, que parece descansar sobre un juicio no verificado de su existencia, tendría un funcionamiento autónomo y justificado pero confuso: si bien no conduce a nada y es sospechable de inutilidad, por otra parte segrega efectos que muchos aprecian hasta tal punto que "naturalizan" su presencia. Sin embargo, es muy posible que no resista el ataque de un cuestionamiento teórico, que se desplome entre exigencias de rigor a las que no podría responder. Si, como decía Jacques Alain Miller, "la crítica puede aspirar a la libertad de su establecimiento y no se le convoca más que al tribunal único del rigor", lo que se conoce como "crítica literaria" está fuera de toda consideración, es una rutina que usa el ropaje de la axiología sólo para generar un tipo de complicidad que nada tiene que ver ni con los objetos que dice entender ni con el cumplimiento de una finalidad epistemológica.

Es cierto que, como expresión fija o lugar común, encierra muchas actitudes diferentes y, por lo tanto, muchas prácticas que guardan escasa relación unas con otras; es cierto igualmente que, a pesar de marcadas diferencias, a todos los que se acercan al hecho literario o intentan considerar los textos se los llama "críticos", restituyendo de este modo la jerarquía implicada en el lugar común; es cierto también que puede parecer un rebuscamiento rechazar una expresión cuyos contenidos varían según innovaciones que se producen constantemente: para qué cambiar el nombre si el nombre no impide que la práctica sea "otra". Estas razones son empíricas y se basan en la conveniencia que dicta la comodidad para la cual las "cosas" siguen siendo las "co-

sas" por más que se les cambie el nombre; al contrario, se supone que un nombre intenta acercarse a una cosa de modo que si, en cuanto a "crítica literaria", es posible pensar en términos diferentes respecto de lo que el nombre enseña, habría que buscar el nombre adecuado para lo diferente. Parece, entonces, conveniente y aun necesario abandonar una expresión para reivindicar una práctica que no es la "crítica literaria" aunque los objetos sobre los que se constituye son, hasta cierto punto, los mismos que permitían que aquella existiera.

Es de esta práctica que queremos fundamentalmente tratar, no de aquella expresión y sus posibles remozamientos o redefiniciones, salvo para establecer contrastes; y, al hablar de esta práctica, queremos partir de un concepto que define, de entrada, a su objeto; ese concepto es el de "escritura", indispensable porque sin él no se podría entender su producción como objeto específico; si los objetos conocidos como literarios son entonces producidos por "escritura", lo que se haga con ellos y sobre ellos tendría que poseer, para poder no solo justificarse sino también operar, el mismo fundamento o el mismo principio productivo. ¿Hasta qué punto es ello posible? O, dicho de otro modo, cómo podría constituirse un metadiscurso respecto del discurso literario que tuviera en su centro un fundamento "escriturario", puesto que el discurso literario es posible por la acción de una escritura.

Se concentran aquí una gran cantidad de problemas y de cuestiones que trataremos de abordar sucesivamente, aunque no podamos presentar aquí una planificación precisa de todo ni una articulación exacta.

1. Para comenzar, podemos señalar que, teóricamente al menos, al hablar todavía muy en general de una "crítica escrituraria", se trataría de dos campos.

En cuanto al primero, y como resultado de una observación que no descansa necesariamente sobre un deseo subjetivo proyectado sobre la realidad, podríamos decir que existe ya, en América Latina, por hablar solamente de esa parte del mundo, una tendencia muy acusada a considerar los ob-

jetos admitidos como literarios desde una posición opuesta a la que postula, o sostiene sin decirlo, que la literatura es una práctica afirmada en valores —belleza, genio individual, expresividad, representación, sublimidad, etcétera— que serían indudablemente “valores de cambio” y en los que se hallaría la razón de su especificidad, es decir de su diferencia respecto de otros objetos. Correlativamente, dicha tendencia entiende aquellos objetos como esencialmente producidos, como todo objeto humano, relacionados con y determinados por la práctica social en su conjunto y que encuentran su especificidad, o sea su diferencia respecto de otros, en el tipo de producción que los hace posibles y en el tipo de valor que generan, que, a su vez, depende del tipo de producción y no de una red externa que se les impone.

Respecto del segundo campo en el que se puede empezar a pensar esta cuestión, digamos que es posible concebir una práctica cuyo objeto sea la literatura o, dicho de otro modo y con más precisión, ciertas combinaciones verbales —escritas o no— entendidas ya como literarias o no consideradas todavía de este modo; igualmente, es posible concebir que dicha práctica podría tener un desarrollo en el cual no solo se hiciera preguntas sobre el objeto que debe proponerse sino también sobre sí misma en tanto se hace preguntas sobre su objeto.

Puede haber, ciertamente, manifestaciones concretas de la tendencia a que se alude: podrían darse algunos ejemplos que no desmerecerían el alcance que se les atribuye aunque, cuantitativamente, subsiste el dominio de la “crítica literaria”; no obstante, no es eso lo importante sino el segundo campo, lo que llevaría a pensar en las condiciones de su existencia o a considerar, al menos, en qué puede consistir desde su necesidad epistemológica hasta los posibles objetivos de su acción pasando por su inscripción social en el conjunto de las prácticas productivas.

2. Para empezar a presentar ciertas ideas que abordan estos tres aspectos vamos a retomar el concepto de “escritura” que, como se ha dicho, no solo caracteriza la producción de un objeto sino que *debe* caracterizar el discurso que se

tiende sobre dicho objeto. En ese sentido, entenderemos por "escritura" un proceso que se traduce por medio de un trabajo real efectuado en la lengua desde una multiplicidad de planos entendidos todos ellos en una tensión social-individual determinada por el sistema de producción social y, a veces, en antagonismo con él. No se trata, entonces, solamente de una acción servicial sino de una multiplicidad que en la acción servicial se desborda; no se trata, igualmente, de una oposición entre lo individual y lo social sino de una interacción que encuentra su escenario en la escritura. Podría establecerse toda una serie de pasajes en esa multiplicidad de planos: la lengua el más obvio, sería tal vez el más social, la institución por excelencia y, desde ahí, hasta, por ejemplo, el recuerdo de carácter productor, como lo más irreductiblemente individual; sin embargo, ni una ni otro constituyen los polos absolutos y definitivos porque la lengua misma, como institución, está determinada por el aparato de producción social, en su origen y en sus modificaciones, en lo que tiene de estable y en lo que tiene de dinámico; y si el "recuerdo productor" es la estructura última en el otro punto de la escala, igualmente podríamos decir que está determinado, en su estructuración, por el aparato productivo total. Correlativamente, y para que de ninguna manera se piense que estamos tratando de reproducir un "mecanismo determinista", desgastado en su fuerza argumentativa y desbaratado teóricamente, algo atribuido a lo individual, que a su vez específicamente lo determina, a saber el inconsciente, está también presente en las operaciones sociales y en las figuras significantes, no ha sido eliminado de la articulación social ni de su productividad.

Gracias a esta ampliación conceptual podríamos, resumiendo, sostener que la escritura es ciertamente una actividad material y, de los registros que pone en juego, puede entenderse que se la considere como un valor social superior; dicho en términos triviales, se admite —lugar común— que el poeta puede y sabe, lo que hace con las palabras lo pone por encima del común, es inalcanzable, aun por otros que también escriban, como por ejemplo el crítico, etcétera. Desde nuestro propósito rescatamos la escritura como "ac-

tividad" y no como "valor" porque pretendemos entender qué produce desde la multiplicidad en la que opera y cómo, desde su operación genera una función que se liga a otras funciones que en el espacio social cumplen otras operaciones de producción; pero también, porque, en tanto actividad material, en lo lingüístico, debe producir en su nivel propio y, además, en un nivel más alto, existiendo sin duda una íntima relación productiva entre ambos, relación que por otro lado es posible por la intervención de elementos no únicamente lingüísticos.

Ahora bien, ¿qué produce la escritura en esa triple dimensión? Para decirlo de una manera directa y pasando por alto todas las previsibles mediaciones, diremos que produce "textos", palabra que introduce de inmediato un antagonismo, porque no decimos que produce "obras" cuya identidad podríamos entender encasillándolas en la noción clasificatoria de los géneros literarios. Desde luego que dichos "textos" pueden también ser cuentos, novelas o poemas, términos que restringen, pero son algo más desde el punto en el que nos estamos situando; son lo que todavía puede ser entendido como valioso desde un poder enjuiciador (tradicción o fuerza cultural o criterios engendrados por sistemas sociales) pero también lo que todavía no es entendido como digno de ser considerado valioso desde el poder enjuiciador.

3. De aquí se sacan, por lo menos, dos consecuencias importantes; la primera, inmediata, es la siguiente: si bien podemos llegar a reconocer "textos" en la cultura en la que nos movemos, en cambio no podemos, por lo menos provisoriamente, reconocer los que no lo son; esto supone a su vez dos caminos teóricos que se abren ante nosotros: llegar quizás a establecer criterios para distinguir un "texto", producido por "escritura", en el sentido complejo que le estamos atribuyendo, de un escrito que no es "texto"; y, por otro lado, llegar a establecer criterios según los cuales se pueda advertir en un "escrito" que circula en la sociedad de manera indiferente lo que lo podría llevar a ser admitido como "texto". Reuniendo todas las posibilidades teóricas que se desprenden de estos razonamientos podríamos desta-

car el carácter extremadamente móvil que tienen los objetos designados como textos.

En cuanto a la segunda consecuencia, está ligada en cierto modo a la primera, por cuanto todas las operaciones de reconocimiento se recortan sobre una actividad que designamos como "lectura" y que tiene lugar en el espacio social; en este plano actúan una serie de principios —que determinan teorías de la lectura— que reconocen en los textos, o aplican a ellos, ciertos elementos que los hacen valiosos, o bien su ausencia, lo que los haría no valiosos; estos principios emanan en cada momento histórico de un poder político que encarna el equilibrio de las fuerzas sociales, o sea el predominio de un interés de clase sobre otros intereses, y lo que reconoce en los textos para admitirlos como tales es una acción de lo que, previamente, dicho poder ha definido como "escritura". Si la lectura, como actividad, depende de un poder que le da su forma, y su operación es una manifestación de todo lo que confluye en dicho poder y, por otra parte, lo que le permite constituirse es otra operación, "escritura", definida desde los mismos elementos que permiten la lectura como práctica, es posible concluir que el concepto de "escritura" puede permitirnos entender acaso con más precisión la incidencia de la producción social en general, a través de sus diversas formas, en una producción específica, la de lo que entendemos como "textualidad".

En resumen, podemos manejar ciertos objetos considerados como textos, podemos empezar a manejar otros que no son considerados todavía como tales y podemos, finalmente, empezar a considerar que ciertos objetos admitidos como textos no lo son desde un enfoque que tiene en cuenta su aspecto productivo, es decir su relación con el rasgo esencial del movimiento de la sociedad en su conjunto. En este punto, nos ponemos en disposición de recuperar el viejo problema de la vinculación entre "literatura" y "sociedad" pero ahora desde una perspectiva no tradicional, renunciando a considerar esta vinculación sólo como un sistema de "transcripciones" de la sociedad que hace, no hace, haría o debería hacer la literatura.

4. En este sentido, se abre el problema del "reconocimiento" de ciertos objetos, verbales desde luego, discursivos, como "textos", aun desde un sistema de distinciones como el que nos estamos proponiendo. Desde él, la primera pregunta que surge es qué permite ser "textos" a los objetos que "reconocemos" como textos; no desde luego una sustancia sometida a un examen de admisión sino un conjunto de capacidades específicas, que se establecen en la diferencia respecto de otros objetos verbales, discursivos. Pero como estamos hablando de literatura y pesa sobre nosotros la "institución" literaria con sus normas, esquemas, clasificaciones y juicios de valor, empezaremos por no admitir que los "textos" sean, solamente, los vehículos reservados por el sistema social para trasladar "significados" prestigiosos mediante palabras seleccionadas y poco usuales en un empleo preciso y correcto u original de las normas gramaticales, entendiendo por dichos significados situaciones insólitas, paisajes deslumbrantes, sentimientos nobles o conflictos psicológicos refinados, etcétera; desde luego que el sistema social *quiere* que los textos sólo trasladen "significado" pero si aceptamos esta pretensión como un universal no sólo nos plegamos a ella sino que dejamos de ver otras posibilidades que los textos mantienen en tensión. Diremos más bien que los textos se caracterizan porque "producen" *significación*; esto quiere decir que establecen, desde su sistema, el esquema de alguna posibilidad de reordenar diversas fuerzas que recorren el mundo y, por lo tanto, proponen alguna posibilidad de modificación; la significación es lo que resulta de una puesta en contacto de campos diversos y plurales y su sentido es, ante todo, el de hacer que ese resultado sea posible, acaso aprehensible, aunque no formulable: por lo tanto, la significación no es "algo" sino la presencia, en el código lingüístico, de todas las operaciones que ha concitado para producirse y de todos los elementos que, en una presencia todavía anterior, justifican tales operaciones.

Desde luego, la producción de la significación no agota lo que podría hacer reconocer un texto; es más, determinarla debe constituir un trabajo posterior a dicho reconocimiento; el reconocimiento de un texto está relacionado se-

guramente más con el "conocimiento" de una especificidad que se supone que se encarna en un fragmento de discurso que con la significación que produce, aunque también se puede comprender que la significación reaccúa, realimenta lo que la precede. Lo que entonces se puede pensar es que el "conocimiento" de un texto, preexistente, depende de una definición generalmente no formulada, inscripta en un campo teórico igualmente no formulado; esta observación, que atañe a todo conocimiento de lo que es un texto, concierne igualmente a nuestro punto de vista, cuyo rasgo central es el de la "producción de significación"; nuestra idea del texto no es, en consecuencia, "espontánea", ni pretende que el texto "sea" lo que nuestro enfoque le atribuye: no es un objeto "natural" ni nos permitiremos "naturalizarlo" mediante la eliminación de la acción teórica que lo aborda. Ahora bien, el campo teórico implica, por la misma razón, una elección que depende, obviamente, de todo un sistema de elecciones comprometidas con diversos planos de la existencia: el plano histórico-cultural en que vivimos, el del porvenir político inmediato que conocemos y el del mediano que imaginamos, el de nuestras determinaciones personales y nuestras expectativas en lo histórico y lo político.

De este modo, si nuestro "conocimiento" de lo que son los textos pasa por un campo teórico que entraña diversas elecciones en muchos otros, y si ello sirve para "reconocer" una estructura concreta, la "forma" que tendrá dicho reconocimiento no podrá provenir de la aplicación de un "modelo" construido que tenderá fatalmente a superponerse a un "ser" del texto; antes bien, dicha "forma" surgirá del campo de trabajo que nuestro punto de vista nos irá exigiendo o sugiriendo y no será un emergente de clasificaciones como las que ordena la "literatura": géneros, estilos, escuelas o modelos cuya invocación tiende a hacer creer que lo que llamamos literatura pertenece a la "naturaleza" o, si no es tanto, que su producción transcurre por canales fijos cuyos requisitos o condiciones debe obedecer. Por otro lado, la idea de la literatura como "naturaleza" se ve respaldada por estimaciones cuya forma es análoga a la forma del "valor de cambio" que rige para las mercancías aunque

su fuente no sea la misma ni su proceso sea similar. Hablamos, en cambio, de una "forma" de reconocimiento que encontrará los caminos y los materiales de su construcción tanto en la teoría del texto que se haya dado como en las respuestas que los textos puedan dar a los requerimientos de esa teoría.

5. Sin duda que esta manera de presentar la relación "escritura"/"textos" tiene cierto grado de universalidad: en todas partes hay procesos productivos, en todas partes la sociedad en general determina producciones particulares, en todas partes la literatura, como discurso, necesita ser integrada a zonas más amplias y en todas partes, finalmente, la problematización de estas relaciones es factible y deseable. Pero en cada lugar debe haber una radicación diferente de todo el circuito. La pregunta que nos interesa plantearnos es relativa a América Latina, o sea ¿cómo se puede radicar esta manera de abordar la cuestión en nuestro continente?

6. Señalemos ante todo que hay dos historias, una la social, la otra la de la "crítica literaria". Desde nuestro punto de vista, hay una interrelación entre ambas, menos obvia, según nos empeñamos en mostrar, que lo que esta trivial fórmula indicaría. En todo caso, lo que importa no es una declaración tan general sino la determinación, teórica y práctica, del punto en el que se produce. Para llegar a esa zona teórica, consideramos cada una de las historias en principio por separado. De este modo, en lo que respecta a la historia social, la claridad que han asumido los conflictos latinoamericanos, en el plano de la producción económica y sus correlativas expresiones en la lucha de clases, con la aparición de modelos políticos de violencia institucionalizada, lleva a pensar que las respuestas teóricas deberían ser más radicales y más amplias que las que están aún al alcance de la mano y cuyo principio básico común es la "separación" de campos, la economía por un lado, la cultura por otro y la política o la ciencia por otro, el "ser humano" por otro. En ese sentido, y como figura reciente y sintetizadora, podríamos señalar que la explosión, primero, cierto

triunfo a continuación y, finalmente, el fracaso estrepitoso de intentos populistas en algunos países del continente, indica que "soluciones" para el plano cultural que parecían adecuadas no podrían reasumirse en un futuro próximo sin una cantidad de riesgos graves, uno de los cuales sería el de la repetición neurótica y vacía; lo mismo podría pensarse en lo político y aun en lo económico o, si se quiere considerar un campo que los sintetiza a todos, en el plano de la concepción del individuo para una sociedad bien precisa y determinada. Sea como fuere, es preciso volver a las fuentes de los conflictos latinoamericanos que siguen siendo de identidad y, por lo tanto, de estructuras pero también son de liberación en el doble sentido de la dependencia y de la dominación clasista. En el presente, algunos caminos transitados en diversas oportunidades se han cerrado y el fascismo está por detrás, como una amenaza que, aunque en su forma clásica pueda ser desdeñosamente vista como anacrónica, entra con ropajes nuevos —democracia restringida, por ejemplo— a la escena, está dispuesto a reformular su papel para no desaparecer de la historia y, al contrario, para intentar dirigirla. Si ciertas fórmulas son obsoletas y otras más inhumanas se remozan y de alguna manera, dentro de su propio código, demuestran alguna eficacia, cómo combatir estas últimas sin repetir los fracasos de las otras, cómo articular un pensamiento que, en su campo, presente alternativas en desarrollo, cómo pensar en una textualidad, por ejemplo, fuera de los ofrecimientos del fascismo.

No es que todos los instrumentos en circulación hayan caducado: la tecnología espacial no anula el desarmador, la soldadura no hace abdicar al tornillo y ciertas ideas, que en una implementación política parecieran responsables de una inoperancia catastrófica, siguen valiendo en la medida en que siguen permitiendo un acercamiento coherente a la realidad, prometen un sistema de análisis que puede ser perfectamente utilizado porque mediante él y solo mediante él muchos conflictos de fondo en la vida social pueden ser entendidos y capturados. Así, por ejemplo, podríamos decir que sea cual fuere la peculiaridad latinoamericana su conflicto es de "producción" en todos los campos y sentidos, lo

que implica que su problemática es, igualmente, de enfrentamientos y, finalmente, de una realización social y humana libre de ataduras físicas y metafísicas. De este modo, se trataría de recuperar, al menos, un pensamiento que nos permita una articulación de todas las prácticas parciales con el sentido que tiene la estructura del todo, que nos permita, en otras palabras, salir de la "separación" sin perder las especificidades. En lo que nos concierne, frente al fascismo, por ejemplo, no deberíamos seguir sosteniendo una idea de la literatura como recinto de "valores", en obras o en autores, porque una concepción semejante acarrea compromisos estrechos y coherentes con lo que ocurre en muchos otros campos; igualmente, no podríamos seguir alentando que la literatura no puede pretender de su función otra cosa que un servicial mecanismo de reflejo de realidades más consistentes que ella, puro espejo; finalmente, no tendríamos que admitir que la literatura es la desaparición de un trabajo en beneficio de lo que lo hace desaparecer, o sea, el referente real, exaltado al fin y al cabo por la mediación que el trabajo de la escritura le presta. Al contrario, podríamos legítimamente sentir que si siguiéramos sosteniendo respecto de la literatura lo que el pensamiento burgués nos enseñó a sostener, estaríamos favoreciendo al fascismo en la medida en que podríamos propiciar para y desde la literatura una idea de continuidad que, dadas las condiciones materiales en que vive América Latina, no puede ser más de una cultura sino de los intereses económicos que doblegan a esa cultura, continuidad de lo esencial de un sistema acosado por la tentación del fascismo como modo de bloquear lo que le quede de contradictorio. Si las concepciones burguesas pudieran permitir el surgimiento de textos *esenciales* para nuestra historia (y nuestra literatura), el cierre del ciclo liberal, no del instinto burgués, hace que concebir la literatura a la manera liberal, en las actuales circunstancias no sea más que una complicidad, desde la literatura, con los artefactos que crea el instinto burgués para perpetuarse o prolongarse a sobrevivir.

7. Ahora bien, considerando la otra historia, la de la

“crítica literaria”, se presenta un inicial problema de procedimiento. ¿Cómo hacer para entenderla en su circunstancia pero también en lo que puede haber tenido de antagónico respecto de lo que le imponía su circunstancia? Esa historia está conformada por las articulaciones de conceptos cuyas manifestaciones integran un fresco respecto del cual habría que tomar distancia; pero, también, esos conceptos pudieron producir tensándose hasta sus límites y, por ello, pudieron constituir una especie de historia subterránea, clandestina, no asumida a veces por sus sostenedores; en un mismo ámbito, entonces, dos redes que se entrelazan y se confunden: una, construida en torno a un servicio o una función limitada pero precisa; la otra, intentando otra cosa, un sobrepasamiento que sus propios voceros podían sentir como un abuso contra los conceptos empleados pero no discutidos. De esos conceptos entonces, habría que hablar. Pero, nuevamente, cómo hablar.

Por empezar digamos que no se puede abarcar toda la “historia de la crítica literaria latinoamericana” para rastrear sus conceptos operativos y/o fundantes. Y no se puede porque forma parte de esa historia todo lo que podría aparecer como insignificante desde la mirada de lo más “jerarquizado”, de lo que representa la relación más estrecha entre dichos conceptos y el éxito obtenido mediante su aplicación. Dejamos de lado, entonces, la totalidad y aludimos sólo a lo que conocemos que, por otra parte, aparece como imponiendo una autoridad insegura de sí misma, hasta cierto punto avergonzada aunque no por ello en la renuncia de su poder: las frecuentes declaraciones acerca de las limitaciones de la crítica y su incapacidad fundamental no bloquearon nunca una práctica que consagraba o denigraba con una soberbia acaso incongruente con aquellas declaraciones. Sea como fuere, en todo ese acervo que conocemos y admitiendo sus variantes, que no son pocas, podemos señalar lo que lo caracteriza no es solo que reprodujo esquemas engendrados antes y fuera de sus necesidades, en otras partes, sino que siempre, en toda su encarnación latinoamericana, actuó sobre los mismos ejes básicos, sobre lo que más arriba consignábamos como “conceptos”.

Efectivamente, esto se advierte en dos resúmenes hechos en diferentes lugares, la *Encuesta sobre la crítica literaria argentina*, dirigida por Adolfo Prieto y publicada en 1963 por la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario, Argentina, y la *Memoria del XIV Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*. En ambos volúmenes y en todos los "críticos" que contestan a las preguntas se descubre el mismo conjunto de incomodidades. En tanto resúmenes, podemos considerarlos "muestra", lo que nos autoriza a pensar que lo que se advierte en ellos puede implicar a toda una historia de una práctica. Considerando sus líneas centrales se podría, a nuestro turno, resumir:

- 1º La "crítica", como actividad o como práctica, aparece afirmada no sólo de hecho sino también como de derecho; salvo las preguntas sobre su "función", que origina actitudes diversas, no hay preguntas sobre su concepto, sobre lo que la legitimaría como práctica junto a otras.
- 2º Correlativamente quizás, no hay preguntas sobre su objeto que aparece de este modo investido de un "ser" respecto del cual la práctica de la "crítica literaria" encontraría su razón; si existe la literatura, se desprende que debe existir la crítica literaria.
- 3º Su práctica no es asumida como ejercicio de una autonomía epistemológicamente fundada, sino como manifestación de una modalidad personal, vocacional, como una especie de subaplicación de capacidades racionalizantes que no pueden llegar a la filosofía habiendo, por otra parte, renunciando al arte.
- 4º Dados estos tres ejes centrales, la localización de la "crítica literaria" en América Latina incorpora, además, los siguientes rasgos que pueden ser considerados "invariantes":
 - a) —un idealismo que afecta tanto a la concepción del "texto", no considerado en el proceso de producción material en general (salvo, pero de manera mecanicista, cuando se lo entiende producido exclusivamente

desde el exterior de las determinaciones sociales), como a la concepción de la "crítica", concebida como "apreciación" de un "valor" (salvo, pero de manera reducida, cuando se la entiende como descripción de "estructuras" o calificación de "técnicas").

- b) --una voluntad de "ser", de existir en el concierto de prácticas culturales, sobre la base de un obvio deseo "nacionalista" de identidad en general, que concibe las prácticas no como emergentes oportunos de un proceso de producción sino como necesarias porque forman parte de esquemas globales que funcionan armónicamente en el interior de otros sistemas nacionales de producción, históricamente integrados.
- c) --un silencio pocas veces roto acerca de las relaciones que existen entre la "crítica literaria" y el deseo nacionalista de la identidad y, correlativamente, un escaso cuestionamiento acerca de si aquélla es un instrumento adecuado para dar satisfacción a dicho deseo.

Este conjunto de rasgos, principales y derivados, caracteriza en general el proceso de la crítica literaria latinoamericana precedente o, más bien, constituye los límites dentro de los cuales se ha propuesto sus metas y respecto de los cuales ha tenido, en ocasiones, que proponerse actitudes de ruptura que no podríamos dejar de tener en cuenta. Habría, entonces, una fisonomía general de la crítica literaria que, dirigida y/o conformada por las determinaciones procedentes de estructuras socioculturales dominantes, se dio su teoría y actuó desde ella y, por otro lado, habría escapes individuales que ponen de relieve, a partir de dicha teoría, algunas de sus contradicciones haciéndola en consecuencia producir positivamente y, finalmente, habría necesidades de "renovación" o de "innovación" que pareciendo enfrentar la teoría construida por la crítica no obstante la ratifican en la medida en que para presentarse en escena se valen de la misma teoría pero parcelándola, utilizando o reproduciendo aspectos que en otros lugares pueden haber dado resultados más brillantes, no cualitativamente diferentes. Quizás éste sea el caso de la estilística, que se aparta desde

luego de la atmósfera de "búsqueda de autor" como meta y objetivo de la crítica tradicional; a su vez, si su objeto de búsqueda, la "obra", presenta una renuncia a la búsqueda del autor, ello no quiere decir que el autor sea redefinido en su papel sino que, admitiendo la vigencia plena del esquema que justifica la práctica anterior, se deja de lado una de sus instancias para reafirmarlo por otra parte, con otros medios intelectuales.

Sea como fuere, si en su fisonomía general la crítica literaria latinoamericana tiene más de un siglo de tentativas de afirmación, todas ellas se alimentan de su dependencia respecto de teorías más globales de la sociedad a las que se pliegan renunciando, de paso, a actuar sobre la contradicción que la estructura de la sociedad comporta y a ensanchar las brechas que existen en la sociedad para lograr, desde su campo específico, un espacio de acción contra lo que tales teorías globales afirman y pretenden respaldar.

8. Pero si volvemos al material observado —no desde luego todos los momentos de esa historia de la crítica— y lo consideramos una muestra relativamente expresiva y sus componentes como hablando por derecho propio de este tema, observamos no sin cierta sorpresa que casi todos los interrogados formulan un voto de adhesión a la "pasión literaria" y uno de rechazo a los "excesos del análisis"; la pasión sería no sólo lo que motiva sino también lo que queda y quizás se expresa por lo que podríamos llamar la "valoración identificatoria y proyectiva", o sea un juicio de valor que el crítico se complace en enunciar porque advierte que en el texto hay lo que previamente ocupa un lugar bien calificado en su propio espíritu; en cuanto al análisis pareciera que fatalmente mata por desmenuzamiento o parcialización, tentaciones diabólicas o malsanas que sólo podrían explicarse en función de un avance intelectualista, enemigo del placer pero igualmente de lo humano o de lo popular mismo. Y, sin embargo, hay en casi todas las respuestas una honrada aceptación de que la crítica, ésa, apasionada, no llega ni siquiera a los bordes de su objetivo, de manera que no se ve tampoco por qué la otra, despreciada, no podría

ser más satisfactoria de su propia función o de su propio programa. Incluso los críticos estilísticos, que en algunos casos y momentos han llegado a la estadística como modo de canalizar su práctica, parecen sentirse culpables y aceptan que lo que se denomina "análisis" es más propio de la Universidad —lugar de encierro, lugar por lo tanto de análisis— que de un curso social más amplio. Pero, ciertamente, la pasión es lo mínimo imprescindible y el análisis no es otra cosa que el camino que elige una pasión, la del crítico, frente a otra pasión, reclusa, transformada, arcaizada, la del texto que considera; pensar, en cambio, en términos antagónicos supondría admitir la vigencia de una oposición quizás ya trascendida, la del romanticismo como pasión frente al positivismo como análisis; pero quizás ya trascendida en todas partes, menos en la crítica literaria que sigue definiéndose en función de un enfrentamiento que no apasiona en ninguna parte ni es siquiera objeto de análisis.

En esta historia de la crítica, en consecuencia, prevalece un movimiento de justificación de la práctica que por fuerza resulta genérico, lo que no le bastaría para subsistir si no se hiciera ético, o sea hasta cierto punto "natural"; en esta estructura bajo la cual se concibe, "hacer algo" con un texto resulta una desviación y es un atentado contra las filosofías generales bajo cuyo manto los textos parecen, según la crítica, estar guarecidos; de este modo, "hacer algo" con un texto es ir contra el "espíritu" si el texto es romántico, contra el "progreso" si es positivista, contra la "nación" si es nacionalista. Y si en la crítica hay, no obstante, insatisfacciones respecto de estas filosofías, según el punto de vista desde donde se examina, lo que siempre se pone en cuestión son esas filosofías y no la manera de abordar los textos, callejón sin salida al que sólo puede echar alguna luz la idea rechazada por la "crítica literaria", a saber la de un "hacer algo" con un texto, expresión que insinúa, por lo menos, la instauración de una práctica cuya autonomía estaría reconocida no sólo por ella misma sino además por las restantes prácticas a cuyo cargo estaría una parte de la sanción epistemológica.

9. Pero el análisis, ya lo hemos afirmado, no está en contra del placer aunque no se proponga interpretarlo; ¿por qué podría reducir o menoscabar el placer el preguntarse por lo que actúa en él para producirlo? ¿Por qué no podría ser placentero intentar determinar la producción misma y las condiciones de su funcionamiento? ¿Qué sentido tendría el trabajo de Freud sobre el placer sino es su incorporación a una circulación social? ¿Acaso su "análisis" confina el placer en su inefabilidad o, por el contrario, permite retirarlo de la culpa que intenta mantenerlo confinado en la sociedad y lo inhumano? ¿Atenta contra el placer el trabajo de Marx, que retira a la mercancía de su oscuridad al mostrarla no sólo como producto sino como un proceso que está en ella pero que también la precede y la continúa, generando efectos en niveles plurales que antes de su "análisis" eran insospechables?

La actitud "crítica" antianalítica —lo que parece un contrasentido sostenido por oscuras razones ideológicas— se pone declarada y explícitamente de lado del cuerpo, opta estruendosamente por él; en cuanto al texto, esto implica, trivialmente, ponerse del lado de la estética, del estilo o de la expresión, términos en los cuales se agotaría el texto, con esas miradas quedaría completo: o bien lo completo, alternativamente, serían esas miradas, estéticas, estilísticas o expresivas, no el cuerpo del texto mismo, inagotable sin discusión, por un acuerdo varias veces milenario; en la crítica, ese ponerse del lado del cuerpo en cuanto al texto, lleva a ponerse del lado del "juicio de valor", que deviene necesariamente apologético, por el más y por el menos. Vistas las cosas desde otro lado, y aunque no todo análisis constituye el esquema de un "hacer algo" ni todos los análisis que se conocen procedan de la misma teoría, la actitud antianalítica, sea cual fuere su justificación, termina por ocultar, metafóricamente, el cuerpo textual en la medida en que no considera su aspecto material, o sea lo que llamamos la "escritura", que es el proceso concreto de producción; y puesto que habíamos incluido como telón de fondo la idea del "placer", añadamos que dicho proceso concreto de producción lo incluye por definición —si una analogía con la

sexualidad está en el fondo de todo este cuerpo de conceptos—, pero no sólo eso sino, además, se genera otro tipo de placer en la actividad complementaria que suscita —la lectura—; mediante ella, y al tratar de entender la “escritura”, surge otro sentimiento de placer, más general y social si se quiere, y al cual podemos entender como el placer del “poder” en la selva de los signos.

10. Es claro que la instancia de la lectura es admitida por la “crítica literaria”; incluso se le admite que sea proveedora de placer pero no se le permite que lo entienda porque quien puede entenderlo es, precisamente, la crítica a través de la lectura que hace; de este modo, la crítica aparece, ante todo, como interponiéndose en la lectura mediante un gesto jerárquico según el cual a pesar de que ha renunciado a “analizar” la fuente del placer que la lectura procuraría, se siente en condiciones de administrar un entendimiento, de ordenar la lectura general mediante el sistema de juicios que emite. Por esta razón, se podría, metonímicamente, designar a la “crítica literaria” como “lectura privilegiada” que se interpone a una “lectura generalizada” vetando de paso una “lectura crítica”. Dicho de un modo más directo, según esa “lectura privilegiada” un espíritu bien dotado, rico, que sabe lo que hace y lo que dice, *traduce* para espíritus menos dotados, pobres, que no saben bien lo que hacen ni lo que dicen en materia de lectura, lo que un tercero, un autor o una obra, “quiso decir” pero, por alguna razón inherente al tipo de discurso empleado, dijo a medias, no mal, pero oscuramente, de una manera legítimamente indirecta. Lo que se traduce, aquello que “se quiso decir”, puede en la traducción ya ser “simbólico”, ya ser “mítico”, ya ser un “mensaje”, ya algo “estético”, siempre un significado cuya revelación daría cuenta del sentido de un texto y, por consecuencia, de toda una actividad.

No nos parece discutible que la llamada “crítica literaria” actúa sobre la base de la “lectura privilegiada”; es su comportamiento más notorio sólo equilibrado por sus declaraciones de impotencia y por sus oscilaciones que van de un “saber sobre el texto” a un “no saber sobre él”. No es sobre

este aspecto que nos haremos preguntas aquí sino sobre el carácter privilegiado de su gesto y, más aún, sobre lo que lo autoriza, ya que parece excesivo, casi extravagante. Para responder —pero no por dar una explicación sino para lograr un pasaje hacia otras zonas— empezaremos por decir que ante todo el primer rasgo de la autorización reposa en una decisión de hacer una lectura que sea privilegiada; a su vez, dicha decisión se inscribe en un reparto de responsabilidades sociales realizado por las clases dominantes: si hay textos y éstos ejercen cierto poder de irradiación necesariamente debe existir una instancia que permita reconducirlos, apoyarlos o disfrazarlos. Acuerdo de partes que se encarna, en cumplimiento del acuerdo, en juicios o enjuiciamientos que parecen no conservar rastros de las razones que llevaron a configurarlos. En el resultado, y por el resultado, desaparece el proceso: el juicio de la crítica pretende la universalidad en tanto juicio, por su forma, lo cual hace que el objeto sobre el que se forma, así como la forma misma, desaparezcan del circuito de producción-circulación que les permite constituirse.

Reconocer, por el contrario, esta obvia inscripción, abre el camino a maneras de concebir una práctica no ya novedosa sino articulada en sus fundamentos mismos con el cuerpo social. Y si el cuerpo social es América Latina, reconocer “su” circuito de producción-circulación es lo que permitiría localizar esta práctica y otorgarle su autonomía como tal. En ese caso —que, como lo señalamos, es ya, parcialmente una realidad— dicha práctica, a la que designamos como “trabajo crítico”, se traduce por una acción cuyos efectos pueden confluír en los efectos que, generan por su lado, todos los trabajos sociales; a su vez, esos trabajos se caracterizan porque tienden no sólo a canalizar lo productivo que tengan las fuerzas que se encuentran en el continente sino a poner de relieve las contradicciones que se engendran en su choque, las estructuras en que yacen y a las que alimentan, la tendencia a la permanencia y la justificada voluntad de cambio.

11. Sin la pretensión de que el resumen que hemos tra-

tado de presentar sea una acabada respuesta a la pregunta que articula las dos partes de este esquema y, por el contrario, admitiendo que se trata tan sólo de un resumen, se abriría una reflexión sutil y detallada al mismo tiempo que otra de alcances generales; en este sentido, si el núcleo principal de lo que llamamos "escritura" es la idea de "producción", simplemente relacionando con la "producción" global latinoamericana se comprendería una articulación; en el otro sentido, particular, habría que pensar en los niveles de especificidad de todas las producciones y de ésta que llamamos "escritura", lo cual exigiría una puntualización que va mucho más allá de las declaraciones; en efecto, la "escritura" es una producción, pero de qué modo lo es, ya que su material de operación es el lenguaje; por otro lado, pareciera que como práctica productiva la escritura es una propiedad individual obtenida por medios que un análisis materialista podría no comprender; si así fuera, cómo se entendería la relación con la producción global, material, colectiva; juegan un papel, desde luego, la ideología que liga todas las esferas pero, a su vez, la ideología ejerce una acción y la escritura por su lado también: ¿son la misma, única e indivisible?

Para dar un paso adelante en esta apertura, pero sabiendo que es quizás sólo el inicial, podríamos decir que si los conceptos manejados (escritura, texto, lectura, producción, ideología, etcétera) configuran una red desde la cual se puede pensar en la práctica que tiene por objeto lo que se conoce como literatura o lo que todavía no se admite como tal, se podrían hacer dos señalamientos más.

El primero se relaciona con lo que podríamos llamar la "actitud crítica": reivindicada ciertamente por la "crítica literaria" pero en el sentido restringido que hemos tratado de poner de relieve se nos presenta como "productiva" en el ámbito del "trabajo crítico"; de todos modos, entendida como actitud inicial, debe ser sostenida y desarrollada por varias y muy importantes razones; de ellas destacamos las siguientes, enunciadas tanto en el aspecto de la historia social como en el de la historia de la crítica.

1. en una sociedad —o en un conjunto de sociedades— sacudida por la dispersión de categorías, casi como fuera de proceso, en la que se instalan cada vez más nociones brutalmente ideológicas —la dictadura, la represión, la dependencia, la despolitización, la desindicalización, la fuerza de las armas, la jerarquía, etcétera— darle lugar a un ejercicio de crítica supone un combate por la vida.

2. los textos son un momento o un espacio de esa lucha y si la manera en que los consideramos no lo admite así, esa manera entra en complicidad con aquello que tiende a anularlos y a destituirlos de su fuerza o, lo que es lo mismo, en lugar de entablar un debate contra la ideología que está en curso ayuda a consolidarla.

En cuanto al segundo, es relativo a la posición de los textos; en este sentido no nos queda sino ratificar lo que hemos venido apuntando en una doble perspectiva.

1. Si todo en la sociedad es trabajo, aun alienado, si la producción es el sentido mismo de la existencia social, los textos no pueden estar fuera de la sociedad ni fuera de la producción; pero, además, en cuanto lo que especifica la producción de los textos es la significación, en la medida en que la significación no puede entenderse fuera del conflicto social, la producción social entra a jugar doblemente en los textos.

2. Considerando los textos como emergentes de una producción, es posible entablar con ellos una relación que termina por constituirse en metadiscurso y que se instaura en el sentido de un "hacer crítico", o sea de un "trabajo" que quiera entenderlos al mismo tiempo que establezca las condiciones de una actividad autónoma caracterizada por ese objetivo; en virtud de sus fundamentos, esta actividad estará integrada a toda la producción social, recibirá de ella, le propondrá, tratará de modificar sus presiones, constituirá modelos que intentarán mostrar todas estas fuerzas. Este "trabajo crítico" saca su energía de la "escritura" que produce los textos y, por ello, puede recibir su designación, "crítica escrituraria", título que inicialmente podía tener un alcance relativamente "moderno" y hermético en cuanto parecería no poder explicarse por sí mismo.

Finalmente, América Latina se presenta como el campo que genera por sus propias necesidades una formulación de este tipo y está al mismo tiempo en condiciones de aceptarla. O al menos, lo creemos posible y factible.

NOÉ JITRIK

Unidad Académica de Posgrado
CCH, UNAM